



**PASIÓN
POR Leer**

EL ÚLTIMO ENTRENADOR

Juan Sasturain

**EL EXTRAÑO FÚTBOL
DE LOS MAYAS**

Luis Gruss

“El último entrenador” de Juan Sasturain.
En *Picado grueso*, Buenos Aires, Ediciones Al Arco, 2006
© Juan Sasturain.

“El extraño fútbol de los mayas” de Luis Gruss.
En *Malos Poetas*, Buenos Aires, Editorial Artil, 1998
© Luis Gruss.
¡Gracias, Panno! www.cuentosymas.com.ar

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura
Colección: Pasión por leer



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

EL ÚLTIMO ENTRENADOR

Juan Sasturain

Me lo encuentro de casualidad el sábado en Adrogué, en el cumpleaños de la hijita de un amigo. Salta el apellido que es raro, poco frecuente, y enseguida asocio a ese viejo, ese abuelo materno sentado casi de regalo a un costado de la mesa puesta en el extremo del living, con los recuerdos de infancia.

De las figuritas, no. No es un jugador pero es un nombre y una vaga cara del fútbol. Aprovecho que los pibes se van al patio a devastar lo que queda de un jardín con más calas que pensamientos y le busco la memoria con una pregunta respetuosa, como tocar a un oso despeluchado con un palo a través de las rejas:

–Su apellido me suena –le digo mientras nuestras manos convergen sobre la fuente de masitas–. Lo asocio con el fútbol de los cuarenta y cincuenta, cuando yo era chico, ¿puede ser?

Tras un momento me confirma que sí, que es él, y el reconocimiento al que no está acostumbrado lo ilumina un poco, apenas, como las velitas de esa torta de nena, sin jugadores, que espera en medio de la mesa.

–Ya nadie se acuerda.

–No crea.

Nos trezamos a charlar y no sé bien cómo pero al rato, mientras los otros destapan botellas, nosotros estamos en el dormitorio –porque esa es su casa, la de siempre– destapando una caja de alevosos recuerdos.

–Ese año que usted dice salimos campeones –revuelve, encuentra–. Fíjese, acá estoy yo.

Y me señala lo evidente, lo alevoso de su figuración. Es la foto de una revista y él está parado a un costado, el penúltimo de la fila de arriba, entre un colado habitual y un marcador de punta de los que todavía no se llamaban así.

–Qué pinta.

Tiene bigotitos, el jopo tieso de Gomina o Ricibrill y una E bien grande de pañolenci pegada –acaso con broches– en medio del pecho. El rompevientos –así se llamaban los inevitables buzos azules de gimnasia de entonces– está algo descolorido y los pantalones abombachados se le ajustan a la cintura un poco demasiado arriba, le dan un aire ridículo. El equipo, los colores del equipo que enfrenta a la cámara en dos niveles –atrás y de pie, la defensa; abajo y agachados los delanteros del siete al once, y el nueve con la pelota–, no importa demasiado ni viene al caso. Pero la cancha está llena.

–Linda foto –digo, porque es linda foto en serio.

–Psé.

Me muestra otra parecida de esa época, de un diario, y después otra más, posterior, coloreada a mano al estilo fotógrafo de plaza. Ya el equipo es otro y las tribunas detrás, mucho más bajas. El rompevientos –es el mismo, estoy seguro de que es el mismo– está un poco más descolorido.

Pone las tres fotos en fila y me dice, me sorprende:

–No estoy.

–Cómo que no.

Y por toda respuesta, contra toda evidencia, pone el dedo en el epígrafe, va de jugador en jugador, de nombre en nombre, y el suyo en todos los casos brilla –como el Ricibrill– por su ausencia.

–No era costumbre, supongo –y me siento estúpido.

–No era el tiempo, todavía –recuerda sin ira.

–Claro.

Él sigue revolviendo, elige y me alcanza. Y yo pienso que ese hombre de destino lateral, anónimo adosado al margen del grupo de los actores con una E grotesca en

el uniforme de fajina era casi, para entonces, como un mecánico junto al piloto consagrado, o como el veterano de nariz achatada que se asoma al borde del ring junto al campeón. Su lugar estaba ahí, al ras del pasto; su función se acababa entre semana.

–No era el tiempo todavía –repite.

Y sabe que llegó empírico y temprano y se metió de costado en la foto en que salió borrado.

–En esa época había pedicuros, dentistas, porteros... –dice de pronto con extraño énfasis–. Era el nombre de lo que hacían. Ahora les dicen podólogos, odontólogos, encargados... Esas boludeces, como si fuera más prestigioso... Y yo era entrenador.

–No director técnico.

–Pts... Ni me hable, por favor... –y se le escapa cierta furia sorda, muy masticada.

–No le hablo. Tiene razón.

Compartimos en silencio certezas menores, módicos resentimientos.

–Vinieron con la exigencia del diploma –dice de pronto.

–Claro.

Me sumo a su fastidio y de ahí saltamos a desmenuzar los detalles, el contraste: el banquito con techo, el verso táctico, el vestuario aparatoso y la pilcha elegida para salir el domingo, esa que nunca se puso. Cuando quiero atenuar tanta simpleza sin lastimarlo, se me adelanta:

–Le digo: no se lo cambio.

–Le creo.

En eso, los primeros padres que vienen a recoger a sus niños irrumpen en el dormitorio y entre disculpas se llevan los pulóveres, las camperas apiladas sobre la cama grande. Entra la mujer de mi amigo, incluso.

–Ah, papá... estabas acá –y suspira como si encontrarlo en una casa de tres habitaciones fuera un trabajo–. Y siempre con esas cosas viejas. Sabés que no te hace bien.

Ella me mira como si yo tuviera alguna culpa que sin duda tengo y se lo lleva, lo saca de la vieja cancha despoblada para que vaya a saludar a alguien que se va o se sume para la foto con la nieta que –lo sé– no le interesa.

El veterano me mira resignado.

–Ha sido un gusto.

Asiente y se lo llevan. Apenas se resiste.

Me quedo solo y guardo las viejas revistas que han quedado abiertas sin pudor ni consuelo. No es cuestión de que cualquiera meta mano ahí. Después busco mi propio abrigo y escucho los ruidosos comentarios del living. Me imagino que para las fotos familiares el viejo se debería poner una remera grande con la letra A de Abuelo, para que al menos alguno pregunte quién es.

Pero no me quedo para verificarlo. Me basta con sentir o imaginar que he conocido al último entrenador.

EL EXTRAÑO FÚTBOL DE LOS MAYAS

Luis Gruss

Cuando los antiguos mayas eran libres honraban a sus dioses jugando al fútbol hasta morir. A Chichén Itzá, Tulum y otras ciudades llegaban los equipos seleccionados entre los mejores representantes de la raza. Cuerpos bien formados y lujosamente ataviados se medían en certámenes que a veces duraban semanas enteras. El *juego de pelota* (como lo llamaban) tenía poco que ver con el fútbol actual. El balón, confeccionado con hule macizo, era extraordinariamente pesado. Los jugadores (que la multitud alentaba con fervor) corrían por el campo haciendo gala de una extrema precisión. Las estrictas reglas fijadas por los sacerdotes les impedían tocar la pelota con las manos. Sólo podían impulsarla con golpes de cadera, piernas y brazos. Lo más raro de todo era el trágico desenlace de los partidos. El juego era considerado una ceremonia sagrada y el equipo ganador era premiado con la decapitación inmediata de todos sus integrantes. La sangre derramada de estos inigualables deportistas servía para aplacar el enojo de los dioses y fertilizar la tierra. Era un privilegio que ninguno de los elegidos osaba despreciar. Los perdedores (en cambio) compensaban la terrible humillación con la posibi-

lidad de retornar a sus aldeas junto a sus hijos y mujeres cantando alabanzas al maíz y a las doradas manzanas del sol. Cambiaban el sacrificio heroico por una vida sin gloria. Hoy resulta demasiado fácil deducir que (a veces) perder es casi la única manera de ganar.

JUAN SASTURAIN

Nació en 1945 en Adolfo Gonzáles Chaves, Provincia de Buenos Aires. Vive y trabaja en Buenos Aires. Es egresado de la carrera de Letras, UBA. Escribe ficción, poesía y ensayos; además, es periodista. Entre 1985 y 1988 publicó tres novelas policiales protagonizadas por el detective Etchenike: *Manual de perdedores I*, *Manual de perdedores II* y *Arena en los zapatos*.

Como periodista, se desempeñó en el diario *La Opinión*, fue jefe de Redacción de las revistas *Fierro*, *Humor* y *Superhum(R)*; y en la actualidad, continúa como editor en Página 12. También conduce el programa Ver para leer, por Telefé.

Sus novelas policiales se publicaron en la Serie Noire de Gallimard; y la serie de historietas Perramus –saga de cuatro volúmenes con guión suyo y dibujos de Alberto Breccia– fue premiada por Amnesty International en 1988.

Libros publicados, entre otros: *Parecido S.A.* (1990); *Los dedos de Walt Disney* (1991); *Los sentidos del agua* (1992); *Zenitram* (relatos, 1996); *La mujer ducha* (relatos, 2001); *Brooklin y medio* (2002); *La lucha continúa* (2002); *Los galochas, esa gente exagerada* (2007).

Sobre el mundo del fútbol: *El día del arquero* (1985), *Wing de metegol* (2004); *La patria transpirada* (2006); *Picado grueso* (cuentos, 2006); *Argentina en los Mundiales* (2002, junto con Daniel Arcucci).

portal.educ.ar/noticias/entrevistas/juansasturain

LUIS GRUSS

Nació en Buenos Aires, en 1953; es docente, periodista y escritor. Ha publicado libros de narrativa, ensayo y prosa poética. En 2003 recibió el premio Argentores por su obra dramática *Oscuro Clarice. Finlandeses* (2008, su último libro de poemas) ha sido publicado por Imprenta Ideal, especializada en ediciones artísticas. El ensayo *Lo inalcanzable/Las mujeres en la vida y la obra de Franz Kafka, Cesare Pavese y Fernando Pessoa* (2008, editada por Capital Intelectual) fue consagrado primer finalista por el concurso de ensayos del diario La Nación. En julio de 2010, publicará su más reciente ensayo *Siete lecturas del silencio*.

Libros publicados, entre otros: *Letras de diario*, *Manaos*, *Malos Poetas*, *La carne*, *Finlandeses*, *Lo inalcanzable*.

Su página es www.campogrupal.com/luisgruss.html

Su blog es www.suspendelviaje.blogspot.com



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s